

El total de los discursos que corrían con el nombre de Hipérides, ascendía á setenta y siete, de los cuales, sin embargo, solo cincuenta y dos eran tenidos por auténticos ¹⁾. El interés que en época posterior despertaron estas oraciones, se infiere claramente del número de los títulos aun conocidos, casi igual al citado en primer término. El hallazgo en las escavaciones del Alto Egipto, de dos discursos completos y de extensos fragmentos de otros dos, es de los más felices de cuantos en el siglo presente han venido á enriquecer el conocimiento de la Literatura griega. Se conservan completas las oraciones *Para Licofron* y *Para Euxenipo*, ambas sobre asuntos civiles; la última, sin embargo, toca muy á la ligera importantes asuntos políticos. El discurso *Para Licofron* fué compuesto, según todas las probabilidades, poco después del año 4 de la 107.^a Olimpiada, y puede considerarse, por consiguiente, como obra de la adolescencia del autor. La oración *Para Euxenipo* fué motivada por una contienda jurídica surgida á consecuencia de la devolución á Atenas, por Filipo, de la ciudad de Oropo, población fronteriza. Pertenece al género de las llamadas deuterologías, esto es, las réplicas que competían al demandado, después del discurso del demandante.

Por lo que hace á la oración *Contra Demóstenes*, de la cual dan suficiente idea los fragmentos que de ella se conservan, es, bajo el punto de vista del arte, muy superior á las de análogo índole de Dinarco. En cambio, el *Epitáfico* no responde á las esperanzas que respecto de él debían abrigarse; pues aunque aventaja á los similares que se conservan con los nombres de Lisias y de Demóstenes, es por lo menos muy inferior al discurso de Pericles en la forma que le ha dado Tucídides. Ante todo, carece en su mayor parte del atractivo de la novedad; no sólo los lugares comunes en él contenidos deben su escaso mérito á la forma con que se hallan expresados, sino que al mismo tiempo, el amor á las antítesis perturba tanto más el curso de la exposición, cuanto que muchas de ellas son inexactas y defectuosas. En el exordio, hace resaltar Hipérides la dificultad de ensalzar á Leostenes como merecía. El elogio de Atenas que va á continuación, termina con un paralelo con el sol, que no revela ciertamente el mejor gusto. El haber librado con su arrojo á la Grecia del yugo de la esclavi-

¹⁾ *Vitae X oratorum*, p. 849, d. En Suidas, $\nu\zeta'$ no es ni más ni menos que una errata, en lugar de $\nu\beta'$.

tud, era en concepto del orador, lo que sobre todo realzaba el mérito de los muertos, los cuales, como bienhechores de sus conciudadanos, vivirían siempre en la memoria de éstos y recibirían el premio en los infiernos. También en este punto traspassa el orador los límites de lo justo. En el epílogo, Hipérides se dirige á los parientes de los muertos, exhortándolos no sólo á no olvidar á éstos, sino además á no borrar de la memoria las virtudes de que muriendo dieron prueba. Respondiendo á las exigencias de la oratoria panegírica, por todas partes hallamos muchas galas de estilo, cuyo número en algunos pasajes resulta excesivo. Sin embargo de ello, esta oración fúnebre, que en cierto sentido lo fué también de la elocuencia ática, pasaba por ser la mejor en su género ¹⁾: juicio que sólo se comprende examinándola desde el punto de vista limitado y parcial de los antiguos, quienes en casos como el presente, solían atender menos al fondo que á la forma.

No sólo no llegó jamás Hipérides á igualar la grandeza de Demóstenes, sino que en sus discursos se advierte ya la nota característica de una nueva época de decadencia; á menudo recuerda los poetas de la llamada comedia nueva, pero es más ingenioso y elegante que ellos; todo en él tiene ya, si se me permite la frase, un barniz moderno. He aquí por qué, hasta cierto punto no sin razón, le consideraron algunos como muy digno de ser imitado ²⁾; y precisamente, por lo mismo que eran tan numerosas las buenas cualidades que le distinguían y tan grande su flexibilidad para acomodar su elocuencia á los tonos más diversos, era tanto más natural la esperanza de asemejarse á él en algún modo. No deja de ser hábil el paralelo establecido por un crítico antiguo, entre Hipérides y los combatientes en los cinco juegos de la palestra; pues que éstos, aunque en ninguno obtuvieran el premio, en todos ellos mostraban ser más que medianías. Si se concede más valor al número de buenas dotes que á su mérito intrínseco, Hipérides debe ser tenido por superior á Demóstenes ³⁾; pues aunque la alteza de pensamientos y la reflexión profunda de este último eran realmente admirables, Hipérides en cambio, se distinguía

¹⁾ El autor de la obra *περὶ ὕψους*, dice en el § 34: τὸν μὲν ἐπιτάφιον ἐπιδεικτικῶς, ὡς οὐκ οἶδ' εἴ τις ἄλλος διέδετο.

²⁾ Véase la pág. 325 del presente tomo, y Dion Crisóstomo, *Or.*, 18.

³⁾ *De sublim.*, § 34.

por la flexibilidad maravillosa y la finura y elegancia de su estilo. En la gracia que le caracteriza revélanse ya claramente aquel influjo que poco á poco ha ido prevaleciendo, no sólo en las obras de arte, sino también en la Literatura, y un ingenio más punzante que el de Demóstenes. La máxima, según parece suya: «La invectiva es la mejor prueba de la falta de ilustración y de cultura»¹⁾, es perfectamente aplicable al mismo Hipérides. Que no carecía de malicia, lo demuestra aquel apóstrofe con que cierta vez interrumpió al hijo de Démades, Demeas, cuya madre era flautista: «Calla, que tocas peor que tu madre»²⁾. «En vano procuras—decía á Aristofon de Azenia—engañar la opinión pública; pues que no lograrás hacer creer que tu astucia es ciencia, economía tu avaricia, y severidad tus aviesas intenciones. No, no hay defecto alguno del cual puedas tú vanagloriarte como virtud»³⁾. En las escuelas de Retórica citábanse á menudo análogos ejemplos de agudeza é ingenio, tomados de Hipérides.

Si es cierto que no tenemos hoy noticia alguna de que Hipérides acostumbrase dirigir á sus adversarios injurias como aquellas que ni Demóstenes ni Esquines temían dirigirse, es por lo menos indudable que no mostraba gran escrupulosidad en el uso de los vocablos, y precisamente á esta circunstancia debemos el conocer hoy no escaso número de los pasajes recogidos por aticistas posteriores. Fácilmente se comprende, que no es posible determinar con exactitud cuáles fueron invención suya y cuáles tomó del lenguaje de la comedia ó del vulgo. Constituyen, sin embargo, notas características de su estilo, una afición manifiesta á los neologismos y una propensión indudable á locuciones tomadas del lenguaje vulgar⁴⁾. Evidentemente Hipérides manejaba el discurso en forma mucho menos aparatosa y solemne que sus predecesores, mostrando en ello mayor flexibilidad y una gracia

¹⁾ Dionis. Antioch., *Epist.*, 79, p. 273 de las *Epistolographi* de Hercher: ὁ Γλαυκίππου δὲ πάντων ἀπαιδέυτατον ἔφη τὸ λοιδορεῖν, cita que Tournier, *Revue de philol.* n. s. t. 1, p. 208, aplica á Hipérides.

²⁾ Eustacio, *Ad Iliad.*, p. 1151, 9.

³⁾ Rutilius Lupus, 1, 4, y Quintiliano, 9, 3, 65.

⁴⁾ Hermógenes, *De ideis*, t. 3, p. 382, de Walz: ἴδιόν δὲ Ὑπερίδου τὸ καὶ ταῖς λέξεσιν ἀφειδέστερόν πως καὶ ἀμελέστερον χρῆσθαι, ὥσπερ ὅταν μονώτατος λέγη καὶ γαλέαγρα καὶ ἐκκοκίζειν καὶ ἐστηλοκόπηται καὶ ἐπήβολας, καὶ ἄσα τοιαῦτα. Véase Pollux, 5, 89. Dionisio de Halicarnaso, *De Dinarcho*, c. 6: ὁ δὲ Ὑπερίδης κατὰ μὲν τὴν ἐκλογὴν τῶν ὀνομάτων ἤττηται Λυσίου.

que sólo podía ser resultado de un arte ya perfeccionado, de una aptitud natural extraordinaria, y sobre todo de aquella vivacidad intelectual propia del carácter ateniense. Pero por lo mismo que la oratoria de Hipérides parecía más apropiada para agradar que para entusiasmar, era también, según Quintiliano¹⁾, más acomodada, por no decir más útil, para las causas triviales.

El último de los diez oradores áticos, y al mismo tiempo quizá el que más debe admirarnos que haya sido incluido en aquel número, es *Dinarco*. La mayoría de las noticias que de él tenemos son oscuras y contradictorias. Ya Dionisio de Halicarnaso, el cual le ha consagrado una obra especial, se vió reducido en parte á combinaciones meramente arbitrarias, basadas todas ellas en una especie de querrela unida al discurso que Dinarco pronunció en causa propia contra Proxeno. Presupuesta la autenticidad de aquel escrito, habrá que creer, en contra de otras noticias, que nació en Corinto y que su padre se llamaba Sótrato. Según el cómputo hecho por Dionisio, nació hacia el año 360 a. Chr.; mas es difícil conciliar con este dato, lo que otros aseguran al decir que siendo aun joven, en la época en que Alejandro pasó á Asia, trasladóse á Atenas y asistió á las lecciones de Teofrasto. Con más cautela se expresa Dionisio, al inferir pura y simplemente de sus propias palabras, que mantuvo amistad estrecha con Teofrasto y con Demetrio Faléreo; al paso que aventura la hipótesis, en realidad sin gran fundamento, de que Dinarco se dedicaba ya á la profesión de logógrafo bajo el arcotado de Pitodemo, año 1 de la 111.^a Olimpiada, 336 a. Chr. Como meteco, era la única que le estaba permitida; mas ella le granjeó, no sólo gran influjo, sino también considerables riquezas. A consecuencia de la restauración de la democracia, el año 2 de la 118.^a Olimpiada, 307 a. Chr., Dinarco se vió obligado á abandonar á Atenas, á donde regresó quince años después, tiempo que había pasado en Calcis, en la isla de Eubea. No tenemos noticia alguna sobre la época en que acaeció su muerte.

La misma inseguridad que hallamos en las noticias referentes á la persona de Dinarco, encontramos también en las que atañen á sus discursos. Sin entrar á examinar aquí detenidamente ni las divergencias de estos testimonios, ni el Catálogo, hoy por cierto muy incompleto, de Dionisio de Halicarnaso, ni siquiera los cri-

¹⁾ *Instit. orat.*, 10, 1, 77: *Minoribus causis, ut non dixerim utilior, magis par.*

terios por él expuestos acerca de la autenticidad ó falsedad de las diversas oraciones, bastará con observar que en su opinión sólo sesenta eran auténticas ¹⁾. De este número no se conservan hoy más que tres, todas las cuales guardan relación con el proceso de Harpalo. Pero aun la mejor de ellas, esto es, la dirigida *Contra Demóstenes*, comparada con los discursos de otros oradores, sólo merece la calificación de obra sobrado floja. Lejos de intentar hacer ver la culpabilidad de Demóstenes, el autor sólo se esfuerza en rebuscar, de la manera más odiosa y repulsiva, cuanto puede presentar bajo un prisma desfavorable la persona y la actividad política del acusado. Y es tanto más desagradable la impresión que esta arenga despierta, cuanto que ni siquiera puede invocarse para disculpa de Dinarco, la acritud y exasperación producidas por un odio inveterado como el de Esquines. Con la mayor sangre fría, reúne Dinarco y confía á otro—se ignora quién pronunció este discurso—cuantos materiales le parecían buenos para aniquilar á Demóstenes: más bien, sin embargo, que con el fin de esclarecer la cuestión, con el propósito deliberado de oscurecerla y embrollarla. No sólo no teme incurrir en repeticiones, sino que en realidad la mayoría de las cosas que dice, las habían expresado ya mejor Esquines y otros oradores.

Sólo en el caso de que fuesen mejores que éste, cosa que ciertamente no puede sostenerse, los otros dos discursos que se conservan con el nombre de Dinarco, el pronunciado *Contra Aristógiton*, hoy muy incompleto, y el intitulado *Contra Filocles*; ó demostrando con razones claras y seguras que así éstos como el dirigido contra Demóstenes, son apócrifos, podría formarse un juicio menos desfavorable de aquel orador. Por lo que toca á este último, ya en la antigüedad negó que fuera obra de Dinarco, un investigador cuyo tacto y exactitud merecen, en general, elogios ²⁾. Dionisio de Halicarnaso no asiente á este juicio, y, según

¹⁾ Es muy desfavorable la opinión de Dionisio de Halicarnaso, *De Dinarcho*, c. 1, sobre el juicio emitido por Calimaco y los críticos de Pérgamo acerca de los discursos de Dinarco.

²⁾ Dionisio de Halicarnaso, *De Dinarcho*, c. 1, p. 631 y 632, cita un largo pasaje de la obra *περί τῶν ὁμωνύμων* de Demetrio de Magnesia, que termina así: καὶ νομίσαιεν ἂν τις, εὐήθεις εἶναι τοὺς ὑπολαβόντας, τὸν λόγον τὸν κατὰ Δημοσθένους εἶναι τούτου· πολὺ γὰρ ἀπέχει τοῦ χαρακτήρος· ἀλλ' ἕμως τοσοῦτον σκότος ἐπιπεπόλακεν, ὥστε τοὺς μὲν ἄλλους αὐτοῦ λόγους, σχεδὸν που ὑπὲρ ἐξήκοντα καὶ ἑκατὸν ὄντας, ἀγνοεῖν συμβέβηκε· τὸν δὲ μὴ γραφέντα ὑπ' αὐτοῦ μόνον ἐκείνου νομίζεσθαι.

parece, con razon. En realidad no hay otro motivo para negar la autenticidad de aquel discurso de Dinarco, que la desagradable impresión que su lectura produce; y es indudable que sólo podría ésta invocarse como prueba, cuando existiesen motivos para atribuir á Dinarco dotes iguales á las de los demás oradores á cuyo lado figura. Dionisio de Halicarnaso, le niega todo linaje de aptitudes, al decir de él que ni supo descubrir un camino nuevo, ni aventajar á aquellos á quienes seguía ¹⁾. Lejos de imitar á uno solo de los oradores anteriores ó contemporáneos, erigióse en imitador de Lisias unas veces, de Hipérides otras, y otras de Demóstenes ²⁾. Encontrábasele, sin embargo, más semejanza con este último, de quien, en todo caso, no fué sino una imagen tosca y grosera. A esto alude sin duda la denominación de «Demóstenes rústico» ³⁾, y la aun más característica de «Demóstenes hordeáceo» que le da Hermógenes ⁴⁾. Las cualidades de Dinarco no son tales que produzcan en nosotros una impresión favorable: ni su persona nos inspira confianza, ni los discursos que de él subsisten, pueden movernos á creer que tuviese extraordinario talento. Del testimonio de Demetrio de Magnesia, se infiere á lo sumo que produjo obras mejores que las que hoy se conservan; y aun cuando fuese cierto, como siguiendo á otros ha sostenido Dionisio de Halicarnaso, que el discurso *Contra Teocrines* que corre con el nombre de Demóstenes, era de Dinarco ⁵⁾, semejante paternidad

¹⁾ *De Dinarcho*, c. 1, p. 629 y 630: μήτε εὐρετὴν ἰδίου γεγονέναι χαρακτήρος τὸν ἄνδρα, ὡς περ τὸν Λυσίαν καὶ τὸν Ἰσοκράτην καὶ τὸν Ἰσαῖον· μήτε τῶν εὐρημένων ἑτέροις τελειωτὴν, ὡς περ τὸν Δημοσθένην, καὶ τὸν Αἰσχίνην, καὶ Ὑπερείδην ἡμεῖς κρίνομεν.

²⁾ *Op. cit.*, c. 5, p. 639: καιρὸς ἤδη καὶ περὶ τοῦ χαρακτήρος αὐτοῦ λέγειν· ἔστι δὲ δυσόριστον. οὐδὲν γὰρ οὔτε κοινόν, οὔτ' ἴδιον ἔσχεν, οὔτ' ἐν τοῖς ἰδίοις, οὔτ' ἐν τοῖς δημοσίοις ἀγῶσιν· ἀλλὰ καὶ τοῖς Λυσίου παραπλήσιός ἐστιν ὅπου γίνεται, καὶ τοῖς Ὑπερείδου, καὶ τοῖς Δημοσθένους λόγοις· καὶ τούτων πολλὰ δὴ τις ἔχει παραδείγματα ἐκδέσθαι.

³⁾ *Op. cit.*, c. 8, p. 647: δι' αὐτὸ γὰρ τοῦτο καὶ ἄγροικόν τινες Δημοσθένην ἔφασαν εἶναι, κατὰ τὸ ἔλλειπες τῆς οἰκονομίας ταύτης περὶ αὐτοῦ τὴν δόξαν λαβόντες· τὸ γὰρ ἄγροικον τοῦ πολιτικοῦ σώματος οὐ μορφή, κατασκευὴ δὲ καὶ διαδέσει τινὲς τῆς μορφῆς διήνεγκεν.

⁴⁾ *De ideis*, p. 413 de Spengel: καθόλου τε ὁ ἀνὴρ ἐμφαινόμενος ἔχει πολὺ τὸ Δημοσθενικὸν διὰ τὸ τραχὺ καὶ γοργόν καὶ σφοδρὸν, ὡς τ' ἤδη τινὲς καὶ προσπαίζοντες αὐτὸν οὐκ ἀχαρίτως κρίζινον Δημοσθένην εἰρήκασιν. De análogo modo se expresa L. Focio, en Suetonio, *De clar. rhet.* c. 2: *Hordearius rhetor*.

⁵⁾ *De Dinarcho*, c. 10: κατὰ Θεοκρίνου ἔνδειξις... τοῦτον Καλλιμάχος ἐν τοῖς Δημοσθένους φέρει. Harpocracion, *vide* Θεοκρίνης... εἴτε Δημοσθένους ἔστιν εἴτε

no haría variar mucho nuestro juicio sobre este orador. Lo que indudablemente se advierte á primera vista en Dinarco, es los preludios de la próxima decadencia: el vigor que falta á su oratoria, trata de compensarlo con hueca palabrería; sus períodos son muchas veces desproporcionados y diformes ¹⁾; y su amor á las largas perífrasis, á los sinónimos é incisivos innecesarios, y especialmente al empleo de los participios, es claro y manifiesto ²⁾.

Ante la unanimidad de opiniones acerca de las privilegiadas dotes oratorias que adornaban á *Démades*, admiraríamosnos de que su nombre no figurase en el Catálogo de los diez oradores áticos, antes, por ejemplo, que el de Dinarco, si por otra parte su postergación no fuese perfectamente explicable. Es evidente que los que formaron dicho Catálogo, no poseían discurso alguno de *Démades*, dado que existen testimonios expresos de que no se conservaba ninguno ³⁾. Así, pues, careceríamos de toda base para hablar aquí de este orador, á quien un escritor latino daba el pintoresco calificativo de «pillo genial y extravagante» ⁴⁾, si las escuelas de los retóricos no hubiesen conservado su memoria por dos distintas vías. De una parte, con las citas frecuentes de ingeniosas frases en que parece abundaba la dición de *Démades* ⁵⁾; de otra, usando con predilección de su nombre, para atribuirle discursos que no eran sino simples ejercicios de escuela, ú oraciones que debían servir de modelo para aquellos ejercicios. Sólo de esta suerte se explica el que hallemos citadas en época posterior obras de *Démades*, á pesar de que los escritores anteriores no habían conocido ninguna suya. Con esto queda á la vez demostrada la falsedad, así del fragmento de un supuesto discurso, conservado con el título de ὑπὲρ τῆς δωδε-

Δεινάρχου οὗτος ὁ λόγος, y ἀγραφίου. Libanio, en el argumento: τὸν δὲ λόγον οἱ πολλοὶ νομίζουσιν εἶναι Δεινάρχου, καίτοιγε οὐκ ἀπεικικότα τῶν τοῦ Δημοσθένους. Contra la opinión de Dionisio puede invocarse la fecha del discurso, muy anterior á la que aquél le atribuye. Véase Blass, *op. cit.*, vol. 3, 1, p. 440.

¹⁾ Véase la oración *Contra Demosthenes*, § 64-65, § 94-95, y especialmente los §§ 18-21.

²⁾ Véanse los pasajes coleccionados por Blass, vol. 3, 2, p. 295 y 296.

³⁾ Ciceron, *Brutus*, c. 9, § 36: *Is, cuius nulla extant scripta, Demades*, y lo mismo Quintiliano, *Instit. orat.*, 2, 17, 13: *Neque enim orationes scribere est ausus, ut eum multum valuisse in dicendo sciamus. Ibid.*, 12, 10, 49: *Ideoque in agendo clarissimos quosdam nihil posteritati mansurisque mox litteris reliquisse, ut Demadem, ut Phocionem.*

⁴⁾ Veleyo Patérculo, c. 2, 68: *Ingeniose nequam.*

⁵⁾ Evidentemente han existido colecciones de ellas.

καετίας, como de otros que hoy ya no existen ¹⁾ y que en la época bizantina pasaron por ser producciones de *Démades* ²⁾. El mismo citado fragmento, obra insulsa y sin valor alguno, confirma plenamente esta opinión. Según parece, el objeto del discurso no era otro que justificar la conducta política que *Démades* había seguido por espacio de doce años. La manera como esto se procura, es la característica de toda producción de autor adocenado, esto es, empleando sólo ideas generales y artificios retóricos ya muy manoseados, y salpicados, al parecer, de frases atribuídas por la tradición á *Démades* ³⁾. Por lo que toca á estas últimas, es, como acontece en todos los casos análogos, muy difícil decidir sobre la autenticidad de cada una de ellas. Pueden citarse, sin embargo, algunas de estas locuciones que explican bien la fama de que gozó *Démades*. Cierta es que la frase: «No, no he sido yo quien ha escrito esta proposición, sino la guerra con la lanza de Alejandro» ⁴⁾, recuerda otra muy semejante de Hipérides, y que la denominación de «primavera del pueblo» ⁵⁾, que dió á la virtud, trae también á la memoria la conocida imagen usada por Pericles; pero también es cierto que períodos como este: «No, atenienses, Alejandro no ha muerto; si hubiese muerto, el mundo entero olería su cadáver» ⁶⁾; aquel otro en que compara al ejército macedonio privado de su jefe, con el cíclope cegado por Ulises ⁷⁾; no menos que aquel en que hablando de Atenas, dice: «No es ya la poderosa ciudad marítima, sino una anciana que anda pausadamente con zapatillas, y bebe con esfuerzo mucilago de cebada» ⁸⁾, revelan gran agudeza de ingenio que no podía menos de impresionar el ánimo, y cuya base principal está en la unión y consorcio de una dición enfática con la alegoría y con la

¹⁾ Suidas cita dos títulos: ἀπολογισμὸς πρὸς Ὀλυμπιάδα τῆς ἐκτονῆς δωδεκαετίας y ἱστορία περὶ Δήλου καὶ τῆς γενέσεως τῶν Λητοῦς παίδων. Un catálogo de catorce títulos de supuestos discursos de *Démades*, publicado de un manuscrito del siglo XIII por R. Schöll, *Hermes*, vol. 3, p. 277 y ss., comienza con el de ὑπὲρ τῆς δωδεκαετίας. Por lo demás, la segunda obra citada por Suidas la atribuye H. Diels á otro *Démades*. Véase el *Rhein. Museum*, vol. 29, p. 107.

²⁾ Como tales las utilizó Tzetzes, *Chiliad.*, 6, v. 16 y ss.

³⁾ Tal parece haber sucedido en los §§ 11 al 14. Véase Diels, *op. cit.*

⁴⁾ Demetrio, *De elocutione*, § 28.

⁵⁾ Ateneo, 3, p. 99, d.

⁶⁾ Demetrio, *op. cit.*, § 283.

⁷⁾ *Op. cit.*, § 284.

⁸⁾ *Op. cit.*, § 285.

hipérbole ¹⁾). Dada su significación política y el papel que desempeñó en la vida pública de Atenas—del cual es, por lo demás, muy difícil formarse una idea clara—compréndese bien que Démades esgrimiera á menudo contra Demóstenes los dardos de su ingenio. Es singularmente aguda y maliciosa la frase que de él se cita, acerca de la afección á la garganta que impidió á Demóstenes defenderse en el proceso de Harpalo ²⁾; en cambio no es sino un sofisma, con frecuencia empleado en casos análogos, aquel con que hacía responsable á su adversario de cuantos desastres habían sobrevenido á Atenas ³⁾.

Del paralelo entre Demóstenes y Démades, atribuído á Teofrasto, y según el cual, el primero era «digno de Atenas» y el segundo «superior á Atenas» ⁴⁾, poco partido podemos sacar, por ser casi imposible determinar con exactitud qué era lo que con esto quería decir el autor. En cambio nos ofrece una idea perfectamente clara, un paralelo de uno de los discursos dirigidos contra Demóstenes en el proceso de Harpalo: «El ventruado Démades, entregado á todo género de excesos, es el tipo opuesto á Demóstenes, el bebedor de agua que pasa las noches meditando» ⁵⁾.

Esta comparación está tomada de *Piteas*, quien, de familia humilde como Démades, parece llegó á adquirir cierta notoriedad é importancia, gracias, sobre todo, á su insolencia y á lo inconsi-

¹⁾ *Op. cit.*, § 282: δεινὰ δὲ καὶ τὰ Δημάδεια, καίτοι ἴδιον καὶ ἄτοπον ἔχειν δοκούντα, ἔστι δὲ αὐτῶν ἡ δεινότης ἕκ τε τῶν ἐμφάσεων γινομένη, καὶ ἐξ ἀλληγορικῶς τινος παραλαβανομένου, καὶ τρίτον ἐξ ὑπερβολῆς.

²⁾ Pollux, 7, 104: ἀργυράγχη, ὡς Δημάδης σκώπτων Δημοσθένη συνάγχη λέγοντα εἰληφθαι.

³⁾ Aristóteles, *Retórica*, 2, 24, p. 1401, b, 29, en la enumeración de las entimemas: ἄλλος παρὰ τὸ ἀνάιτιον ὡς αἴτιον, οἷον τῷ ἄμα ἢ μετὰ τοῦτο γεγονέναι· τὸ γὰρ μετὰ τοῦτο ὡς διὰ τοῦτο λαμβάνουσι, καὶ μάλιστα οἱ ἐν ταῖς πολιτείαις, οἷον ὡς ὁ Δημάδης τὴν Δημοσθένους πολιτείαν πάντων τῶν κακῶν αἰτίαν μετ' ἐκείνην γὰρ συνέβη ὁ πόλεμος. Lo mismo había hecho Esquines, discurso *Contra Ctesifon*, § 134 y 136. Véase Demóstenes, discurso *Para Ctesifon*, § 143.

⁴⁾ Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. 10: ἐρωτηθέντα ὁποῖός τις αὐτῷ φαίνεται ῥήτωρ ὁ Δημοσθένης, εἶπεν „ἄξιός τῆς πόλεως“, ὁποῖός δὲ Δημάδης, „ὑπὲρ τὴν πόλιν“.

⁵⁾ Ateneo, 2, p. 44 y 45: καὶ Πυθίας γοῦν φησὶν ἄλλα τοὺς νῦν δημαγωγούς ὄρατε, Δημοσθένη καὶ Δημάδην, ὡς ἐναντίως τοῖς βίοις διάκεινται. ὁ μὲν γὰρ ὕδροποτῶν καὶ μεριμνῶν τὰς νύκτας, ὡς φασιν, ὁ δὲ πορνοβοσκῶν καὶ μεδυσκόμενος κατὰ τὴν ἡμέραν ἐκάστην προγᾶστωρ ἡμῖν ἐν ταῖς ἐκκλησίαις ἀνακυκλεῖται. Caracterizan aún mejor á Démades, las palabras que, en el núm. 8 de las *Δημάδεια* publicadas por Diels, se ponen en sus labios.

derado de su lenguaje. Cuanto á inmoralidad, parece indudable que en nada cedía á Démades ¹⁾; afiliado primero al partido antimacedónico, se dejó comprar luego por sus enemigos. ¡Qué efecto, pues, había de producir en sus labios, aquel apóstrofe á menudo citado como ejemplo de epanalepsis!: «¿Qué puedes contestar, oh Demóstenes, á tantos y tan evidentes cargos? Estás convencido de que la República era para tí comprable; ¡sí; estás convencido!» ²⁾. Peor impresión aún que las acusaciones dirigidas al gran orador en este mismo discurso, por su conducta en la batalla de Queronea, despertaría en nosotros el dicho de que Demóstenes era indigno de encender en Atenas el fuego sagrado porque sus labios estaban mancillados, si el escritor que lo atribuye á Piteas mereciera completa confianza ³⁾.

El arte de la oratoria no podía descender ya, bajo el punto de vista moral, más de lo que había descendido con Démades, Piteas y otros, como *Estratocles*, por ejemplo; pues que en cierto modo, había llegado á justificar plenamente las censuras que en la época de Sócrates se dirigían á sus campeones los sofistas. Mas también por otro concepto, el papel que la elocuencia había desempeñado hasta entonces tocaba á su fin: en comparación con los grandes oradores antiguos, el lugar que hombres como *Demócaries* y *Demetrio Faléreo* ocuparon en tiempos posteriores, fué muy secundario.

¹⁾ Véase la carta 3 de Pseudodemóstenes, § 30.

²⁾ Rutilius Lupus, I, 14.

³⁾ Suidas: ὃ τὸ ἱερὸν πῦρ οὐκ ἔξεστι φεσθῆσαι. Según Timeo, Demóclides fué quien dijo esto refiriéndose á Demócaries; al paso que Duris, refería lo mismo de Piteas.